



GALEOTO CONSEJO

Quizás su edad le alteraba la percepción, encontraba como nunca belleza por doquier. Reconocía lo ciego que había sido antes al apreciar las pequeñas cosas que lo rodeaban.

Delante de él se encontraba Oana, una ciudad maravillosa. La había visitado en reiteradas ocasiones y nunca la había notado tan hermosa.

Cercada, como todas las ciudades con ralea. Su muro exterior impresionante, con diferentes metales incrustados en piedra del desierto, brindaba una belleza sorprendente en medio del vacío e inexpresivo desierto. El sol se reflejaba sobre ella haciendo que desde muy lejos se pudieran ver los destellos sobre el metal. Una ciudad llamativa.

Sus habitantes orgullosos se vanagloriaban sobre la belleza de su querida ciudad. Todo dentro de Oana era atractivo, la mezcla de colores con el metal la hacía resplandecer. Desde la última vez que la había visitado había crecido mucho, había cosas nuevas por donde mirarse.

Estaba rodeada por desierto y hacia el norte, a una distancia considerable, se encontraba el río Grima, la única fuente de agua del lugar. Si bien era una ciudad próspera, su ubicación era problemática, la escasez de recursos naturales era notable y para obtener agua, las carretas, que iban y venían sin cesar, eran las encargadas de llevar este líquido vital hacia ella. Disponían

de un gran tonel metálico en la parte superior y eran impulsadas por tres caballos.

En la costa sur del río Grima, la ciudad disponía de una estación de extracción, donde se encargaban de llenar estos toneles. La estación era una de las grandes debilidades de la ciudad. Era muy fácil cortarle el suministro de agua.

Como en toda ciudad con ralea, si no se disponía de una invitación, no se permitía el ingreso por más de un día. Por suerte él la tenía.

Se encontraba en la calle principal de la ciudad con la muralla a sus espaldas. Transitaban peatones que iban y venían a paso rápido. Desde hacía algún tiempo todo lo que sucedía a su alrededor le parecía rápido y al contrario de ellos, prefería tomarse el tiempo necesario para capturar todos los rostros, todas las sensaciones. Ésta era una de sus cualidades. Su capacidad para recordar era uno de los motivos por el cual los líderes de diferentes ciudades lo invitaban a participar de sus reuniones. Lo veían como una especie de consultor, un historiador. Pero sabía que el principal motivo siempre era su medicina, reconocida en todo Prim Demm. Cuando se lo invitaba a una ciudad era para solicitarle una buena cantidad de su elixir y esto a su vez era sinónimo de muerte.

A su derecha e izquierda desfilaban los comercios contruidos con piedras del desierto, de un color naranja claro. Las piedras que no encajaban entre sí eran unidas con diferentes metales. Las formas de las piedras del desierto no era un inconveniente. Era hermoso de ver, todas las construcciones mostraban un dibujo diferente en su fachada. Oana era uno de los pocos lugares donde sus habitantes podían usar sus capacidades no sólo con fines bélicos sino también para la vida diaria, para la construcción, para crear, y gracias a eso era una ciudad con una prosperidad notable. Muchas otras ciudades y pueblos contrataban sus servicios y compraban sus productos. Era la única ciudad que en la actualidad producía armamento, desde la caída de Cinzia, se convirtió en la principal y única ciudad

fabricante de armamento de todo Prim Demm.

Al final de la calle se encontraba el edificio de gobernación de la ciudad, una torre que se veía desde cualquier ángulo. A su alrededor las banderas adornaban todas las casas con los colores negro y amarillo.

El sol estaba ya sobre su cabeza mientras su pelo blanco y la barba recortada también blanca llamaban la atención de los transeúntes. Por su edad y conocimientos era una persona reconocida en la región. Era difícil encontrar a otra persona que haya vivido tanto tiempo en un lugar donde la muerte era algo habitual.

Caminaba con los brazos cruzados tras la espalda y una sonrisa en su rostro. Siempre sentía alegría al volver a Oana, donde siempre se habían mostrado interesados en sus estudios y conocimientos. Y eso, para él, era gratificante.

Había sido llamado por la mismísima Dalanna, presidente de Oana, sin especificarle el motivo; sólo le solicitaron una gran cantidad del medicamento. Era evidente que algo importante ocurriría. Su presencia siempre venía de la mano de algún cambio importante.

Algunas de las imágenes que presenciaba al caminar les recordaron a su pueblo natal, pero Avise, ya no existía. Lo había abandonado a muy temprana edad para satisfacer su necesidad de conocimiento y cuando pudo volver, mucho tiempo después, el pueblo había sufrido las consecuencias de la guerra. Supo luego, que había sido atacado por Couture. Y así un pueblo inocente de gente fue masacrado. Toda su familia había sido asesinada aquel día. Eran recuerdos duros y difíciles de superar, y en aquel momento había sentido de nuevo un odio engeguécido hacia Couture. Aquel deseo de venganza que nunca lo había abandonado.

Una joven voz lo alejó de sus recuerdos.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Todo está a un precio increíble!

Giró su cabeza y a su izquierda vio a una niña en un puesto ambulante que presentaba toda clase de objetos en miniatura,

réplicas de animales y personajes entre otras cosas, hechas con diferentes metales. Estaban muy bien logradas, la sangre de la chica era fuerte, o muy prometedora al menos. Se acercó a ella.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Catorce y recién acabo de terminar mi entrenamiento básico. Estoy probando suerte aquí. ¿Podría ayudarme comprándome algo?

Él le sonrió mientras la gente detrás iba y venía cargando cada uno con su vida. Miró la mesa, las cosas que había hecho eran sorprendentes y hablaban a las claras de que aquella niña poseía una gran habilidad. Sintió deseos de desafiarla y saber hasta dónde podría llegar la sangre de la niña a tan temprana edad.

—Estoy interesado en lo que tienes ahí, déjame decirte que todo es precioso, te felicito, pero ¿podrías hacer algo para mí en este momento?

La chica sonrió, feliz y sorprendida de que alguien se interesaba en su trabajo.

—¡Sí! ¡Claro! ¿Qué es lo que le gustaría que haga?

Él se detuvo a pensar mirando hacia el cielo con su mano izquierda apoyada sobre su mentón y tras un breve instante sacó desde uno de los bolsillos de su pantalón una pequeña daga, la desenfundó y se la mostró a la niña, quien lo miró sorprendida

—¿Qué metal es ese? ¿Me permite?

—No. Sólo puedes mirarla, cópiala según lo que ves.

La chica levantó la vista, lo miró frunciendo el ceño y con un movimiento rápido y despreocupado subió y bajó sus hombros. Tomó un trozo de metal que tenía debajo de la pequeña mesa y luego cerró sus ojos. Llevó sus manos sobre el metal y sin llegar a tocarlo el metal comenzó ablandarse, a cambiar de forma como si se tratara de una estructura blanda para luego pasar a ser una bola líquida. La daga comenzó a tomar forma, la réplica comenzó a integrarse. Era exacta.

—Aquí está señor. Son dos piedras oscuras —dijo la niña con una sonrisa en su rostro.

—Es un poco elevado el precio, ¿no crees? Te ofrezco lo siguiente, hazme otra más y te daré una piedra oscura.

Ella lo miró con decepción pero aun así, una piedra oscura era una buena paga, y él lo sabía.

—Está bien señor, ¿La quiere igual?

—Sí, pero esta vez sin que uses las manos sobre el metal.

La niña lo miró confundida y su sonrisa comenzó a desvanecerse, sabía que lo que le había pedido era muy difícil para alguien tan joven.

—Pero señor, recién he completado el entrenamiento básico —dijo la niña mostrando su decepción.

—Por favor, inténtalo.

Ella suspiró y la alegría que antes había manifestado dio paso a la tristeza. Lo que le había pedido él era por demás de dificultoso. Tomó otro poco de metal y lo miró fijo, concentrándose para luego levantar la vista y volver a mirar la daga que él tenía en su mano. Varias veces hizo este movimiento. Dejó el metal sobre la mesa y dejando caer sus brazos sobre los costados de su cuerpo, cerró sus ojos. El metal seguía intacto, pasaban los segundos y ella continuaba con los ojos cerrados mientras gotas de sudor comenzaron a rodar por su frente. La niña estaba realizando un gran esfuerzo.

Y cuando nada parecía cambiar, el metal comenzó a alterar su forma y se transformó en una brillante esfera. Ella abrió los ojos despacio.

—No puedo lograrlo señor. Por favor, ¿Podría pagarme solo por la otra daga? —dijo la niña, triste.

—Claro, te pagaré, no te preocupes por eso. Sólo inténtalo una vez más por favor.

Ella respiró profundo llenando sus pulmones con el aire caliente de Oana. Se la notaba cansada. Cerró sus ojos por segunda vez y luego de un instante el metal comenzó a ablandarse y aún con los ojos cerrados la chica comenzó a sonreír. La daga comenzó a crearse y tomar forma, si bien no era una réplica impecable como la anterior continuaba siendo

un trabajo impresionante. Ella abrió los ojos, tomó la daga y se la alcanzó con una sonrisa de oreja a oreja, el brillo de sus ojos le resultó muy gratificante. Él sacó una piedra oscura y se la dio.

—Gracias, has hecho un trabajo excelente. ¿Cómo te llamas?
—preguntó él.

—Saada —dijo ella sin dejar de mirar la piedra oscura que había ganado.

La gente se había agrupado detrás de él, como si de un espectáculo se tratara, no lo había notado, los presentes sonreían y hablaban entre sí. Un triunvirato de Oana también estaba observando, un poco más alejado, y los tres comenzaron a acercarse. Guardó la daga de inmediato, con un movimiento sutil y veloz, por suerte el líder del triunvirato se dirigió a la chica.

—Niña, vienes con nosotros, comenzarás hoy mismo el entrenamiento militar.

Y aprovechando la distracción que la presencia del triunvirato había causado, dio unos pasos hacia atrás para mezclarse entre la muchedumbre. Permaneció observando como la niña abandonaba su puesto de trabajo para irse con ellos, mientras que la gente comenzaba a dispersarse. Saada se alejaba con un andar orgulloso junto a los tres soldados de Oana mientras él la acompañaba con la mirada. Nunca llegaría a comprender como un hijo de una ralea podía estar orgulloso de pertenecer a las defensas activas de la ciudad, algo que se acercaba tanto a la muerte. Aquí, las vidas eran cortas y para ellos vivirla como soldado era elegir la mejor manera de morir. Usar la sangre en una batalla era sinónimo de grandeza. Miró hacia el celeste cielo, limpio y sin nubes. Sacó las tres dagas del bolsillo y las contempló. La niña había notado que la daga no era de un metal conocido en Oana y si llegara a revelar esto a alguien él estaría en grandes problemas. Lo primero que le vino a la mente era esconder la daga original en algún lugar; si lo apresaban podía justificar que una de las dos copias era la original. Sería su palabra contra la de la niña. La daga era la mayor prueba de

que Oana podía ser fácilmente derrotada y todo dependía de las manos en las cuales cayera. Este objeto era de un metal que ellos no podían manipular. Pero aun así decidió arriesgarse y confiar en la niña, algo en ella le resultaba diferente y revelador. Esta confianza ciega no estaba apoyada en sustentos firmes pero con el tiempo había aprendido a confiar en sus instintos.

Sus piernas se pusieron en movimiento y se dirigió hacia el norte dejando atrás la calle por donde había entrado a la ciudad. Llegó a paso lento a la plaza principal de la ciudad, detrás de la cual se encontraba el edificio de gobernación donde él había sido citado. La plaza era una de las construcciones más antiguas y aquí todo el metal que rodeaba el edificio se encontraba oxidado dando un aspecto áspero y sin brillo al centro principal. En la plaza había algunas plantas y esto lograba que la ciudad sea aún más hermosa añadiendo así un nuevo color al paisaje. Contempló a los niños jugando y la gente sentada en los bancos de metal. Era asombroso que una ciudad no utilizara para nada la madera. Los árboles eran escasos y los pocos que supo ver en su trayecto se encontraban aquí, en la plaza. El viento era suave y el sol brillaba entregando su energía con generosidad. El óxido del metal, mezclado con una escasa vegetación, envuelto en polvo y arena completaba el aroma de la ciudad.

El edificio de gobernación era un cilindro que se iba ensanchando hacia lo alto con grandes columnas de metal sosteniendo esta especie de cono deforme y enorme. Disponía de una sola entrada y salida, y las ventanas en los pisos bajos eran pequeñas, no así en los pisos superiores. La puerta principal poseía el emblema de la ciudad grabado en grueso metal, un triángulo invertido y con una corona sobre este, y dentro del mismo tres dibujos representaban al triunvirato. Un gran escudo, una serpiente y un círculo que contenía pequeños puntos dentro.

Dos triunviratos vigilaban ambos lados de la escalera que llevaba a la puerta de entrada. Los miró desde lo bajo.

—Buen día señores, estoy aquí por orden de la presidente

Dalanna. Mi nombre es Galeoto Lassur. ¿Serían tan amables de anunciar mi presencia? —dijo con tono alegre y respetuoso.

—Pase. Lo esperan dentro —le respondió uno de ellos.

Y así lo hizo.

El interior del edificio distaba mucho de su exterior rústico, si bien no era la primera vez que lo visitaba nunca dejaba de sorprenderse al verlo y a su edad la sorpresa era siempre bienvenida. Dentro del edificio la piedra del desierto tenía un rol protagónico y el suelo se encontraba alfombrado con telas amarillas, gastadas y descoloridas. La sala del consejo de Oana se encontraba en el piso superior en el que se encontraba él y luego de subir una nueva pero breve escalera la sala se enfrentó a él. La puerta se encontraba entreabierta y no dudó en adentrarse.

Adornada con banderas, escudos y estatuas realizadas en metal la sala ofrecía un aspecto solemne. Estaba vacía y fue directo a ocupar una de las sillas. Tomó asiento lo más lejos posible de la silla de la presidente. Sabía que mientras más humilde y sumisa fuera su actitud frente a Dalanna mejores serían los resultados que obtendría. Al sentarse y relajar su cuerpo pudo notar lo cansado que se encontraba. No se había detenido a descansar desde que había partido hacia Oana y sus ojos se cerraron abrazando el silencio de la habitación.

Enfrentado el aburrimiento trató de imaginar por qué lo habían convocado. Dalanna solía solicitarle consejo como si se tratara de un integrante más del gobierno de Oana pero esto siempre era un mal augurio. Era tratado como un espía y de él se buscaba información sobre las demás ciudades con ralea ya que las conocía casi todas y también los pueblos sin ralea. Eran muchos los lugares que había visitado como también las personas que conoció. Pero nada de esto era gratis y en mucho ayudaba a que él pudiera continuar y ampliar sus investigaciones.

Estaba obsesionado por descubrir los secretos de las personas con ralea, y hasta ahora los resultados eran un gran cúmulo de

fracasos e intentos fallidos, pero esto no lo desalentaba. Suspiró sabiendo que la espera podría ser larga y sacó un pequeño libro de su bolsillo para continuar leyendo donde había quedado la última vez.

“...y poco se sabe de esto, todo estudio y relevamiento se remonta a los primeros años de la actual civilización. La existencia de las raleas continúa siendo un misterio, no obstante puedo concluir que las mismas capacidades de sus habitantes surgen según las necesidades de aquellos primeros pobladores de cada ciudad.

No se han encontrado documentos para justificar la historia de cada ciudad con ralea existente y lo único que se puede afirmar es que algunas de las mismas hoy habitadas, fueron construidas hace mucho tiempo atrás y no existe documento alguno que hable de este inicio. El origen de las ciudades con ralea es más antiguo que la historia de los más antiguos pobladores conocidos de las mismas. La lista de las ciudades originarias es larga y poco se sabe de la mayoría de ellas ya que muchas jamás han sido encontradas, ni siquiera en ruinas. Las guerras devastadoras, el desconocimiento y el temor llevaron a que mucho del conocimiento histórico se pierda y se destruya para siempre.

En sus orígenes, la manifestación de la sangre para las ciudades con ralea representó una barrera entre la vida y la muerte. Cuando tal capacidad es revelada, una ralea se enfrenta a su misma extinción y debido a esto puedo afirmar que las que hoy en día existen han logrado superar esta barrera. Las raleas que solo poseían poder destructivo fueron desapareciendo por la escasa capacidad de su gente para dominar la sangre.

Un documento encontrado en...”.

La puerta se abrió y entró un grupo de personas. Cerró el libro y lo guardó. Primero entraron cuatro personas y luego la presidente de Oana, seguida de dos triunviratos. Dalanna era

una persona difícil e imprevisible. De unos treinta años y dueña de una belleza llamativa. Llevaba un vestido negro y blanco, y sobre sus hombros un chal amarillo. De piel olivácea y de pelo largo color marrón que llegaba hasta su cintura. Sus ojos verdes hacían honor a los rasgos típicos de las personas de Oana.

De los cuatros consejeros, tres eran hombres y una mujer. Se acomodaron de manera inmediata en la mesa a los costados de la presidente. No se sentaron hasta que ella así lo hizo y les concedió permiso para que lo hicieran. De inmediato tres guardias lo rodearon.

—La falta de respeto hacia la máxima representante de nuestra sangre no puede ser permitida —le dijo uno de ellos.

Los miró sorprendido sin entender a que se referían y luego miró a Dalanna, pero antes de que pudiera expresarse, ella, que ya se había sentado, levantó una mano.

—Está bien, está bien, no lo considero una falta de respeto, es solo un viejo cansado.

Y una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

—Veremos que nos ofrece este anciano —continuó diciendo Dalanna.

Él le devolvió la sonrisa.

—Muchacha, te has vuelto osada, ¿acaso es tanto el poder de Oana que te llena de arrogancia?

El silencio reinó en la habitación y supo comprender ahí, que con una simple orden de ella acabarían con su gastada vida. Pero la conocía muy bien, la había visto crecer en las calles de Oana viviendo una vida similar a la de la niña que había conocido hacía unos instantes y eso le daba cierta ventaja.

Dalanna era una persona impulsiva, líder de batallas e impulsadora de prosperidad. El crecimiento que había presenciado en la ciudad no era sólo obra de ella. Aquellos consejeros eran escuchados. Miró los rostros de los cuatro, dos de ellos jóvenes, alineados que presentaban una clara manifestación física de su riqueza. En cambio, la mujer y el otro hombre mostraban lo contrario. Había un perfecto desbalance y

división entre los cuatro y estos dos grupos estaban enfrentados en la mesa.

—Galeoto, mereces que te encierre por tal osadía. Si no muestras respeto tu estadía en Oana será breve. Estás aquí para brindar un servicio y no creas que me conoces sólo porque conoces mi lejano pasado —dijo ella.

—Simples y directas palabras. Pido disculpas a todos los presentes.

Dalanna levantó su mano y los guardias volvieron a su posición. Los cuatro consejeros se relajaron.

—Dalanna, entonces, ¿Qué necesitas de mí? —continuó él.

—Primero lo primero. Galeoto, ellos son mis consejeros y la prosperidad de la ciudad es un logro mayoritario de ellos.

Dalanna los miró uno a uno.

—Él es Amintor, encargado de los recursos de la ciudad. Él es Urso, encargado del comercio. Zah, encargada de la seguridad interna y él es el encargado de planificación, Verel, al cual creo que ya conoces.

Verel era el de más edad de entre los consejeros de Dalanna, y sí, lo conocía. Era una buena persona. Siempre vestido con colores oscuros, de baja estatura, con un cabello lleno de canas y sus pequeños ojos marrones que denotaban nobleza y cansancio. Zah no era muy diferente a Dalanna en cuanto al aspecto físico, llevaba el pelo atado y se mostraba recta y severa, con el ceño fruncido y mirada aguda. Si bien no poseía la belleza de Dalanna, no le faltarían pretendientes.

Los otros dos hombres parecían sacados del mismo molde y a ellos sí que no los había visto nunca. Ambos vestían atuendos amarillos y negros y su piel era más oscura que la del resto, ojos marrones para los dos. Amintor llevaba un sombrero ajustado sobre su cabeza que tapaba por completo su cabello y una pequeña barba puntiaguda resaltaba su mentón. Urso se encontraba cubierto de joyas. También poseía una barba puntiaguda que prolongaba su mentón.

—Señores, como ya sabrán y a fin de cumplir con una mera

presentación, él es Galeoto Lassur —lo presentó Dalanna.

Todos lo miraron e inclinaron sus cabezas en un saludo respetuoso y armónico.

—Quedando presentados procedamos a lo que aquí nos trajo. Amintor, comienza.

El silencio de los presentes le resultó llamativo, sólo se hablaba cuando ella lo ordenaba. El poder que había conseguido esta mujer había crecido en demasía desde la última vez que la vio. Su mera presencia lo irradiaba. ¿Qué había pasado en Oana? ¿Era el mismo crecimiento de la ciudad lo que le daba el poder a Dalanna? ¿Debía temerle también?

Amintor sacó un papel de su bolsillo y lo desplegó sobre la mesa para comenzar a leer pero se detuvo. Levantó la vista buscando a Dalanna.

—Dalanna, no creo que nuestro invitado deba escuchar los asuntos internos de nuestra ciudad.

Ella se limitó a mirarlo y el silencio fue su respuesta. Amintor de inmediato afirmó con un casi imperceptible movimiento de su cabeza y comenzó con su discurso.

—El banco de la ciudad está obteniendo ganancias, la suba de impuestos ha sido aceptada sin mayores problemas por la población. El tesoro de la ciudad también se ha incrementado, las reservas de piedras oscuras son altas.

Hizo una breve pausa y continuó.

—Los depósitos de metales están completos. Solicito la construcción de otros cinco depósitos para no despreciar alguna reserva. La producción de armamento se encuentra estable, en cambio la pólvora está en niveles bajos y las reservas de salitre, carbono y azufre son casi nulas. Los niveles de agua son correctos y creciendo. Los alimentos no presentan cambio alguno, todas las reservas están completas.

Dalanna asintió y dirigió su mirada a Urso.

—Urso, ¿qué ocurre con el salitre, el carbono y demás?

Urso bajó la mirada y buscó en una especie de libreta que ya tenía sobre la mesa.

—Las vías comerciales para obtener esos recursos están complicadas. El salitre proviene de Milite y las distancias demoran su arribo, pero las relaciones comerciales con Milite son buenas. El carbono y el azufre provienen de las ciudades del norte y nadie quiere comerciar con nosotros. Hemos creado oportunidades con algunos pueblos pero todos los carros de intercambio han desaparecido y ninguno ha regresado a Oana. Astriclimia ha logrado de diversas maneras que no podamos fabricar más pólvora.

Otra silenciosa pausa.

—El comercio interno no presenta cambio alguno. En cuanto a las exportaciones, tenemos tres ofertas de compra de armamento que por supuesto deberán ser analizadas ya que no son de ciudades con ralea. Las ventas de cobre, aluminio y hierro permanecen estables. Se han aceptado todas las ofertas sobre metales, como usted lo ha ordenado.

—Muy bien —dijo Dalanna mirando al anciano consejero—, Verel, toma nota de los requisitos de Amintor y comienza la construcción de los silos que solicitó. El metal es nuestra prioridad. Tú sigues.

—Sí —dijo Verel y se acomodó en su asiento.

Y sin papel alguno comenzó a hablar suave y pausado.

—La construcción de torres sobre la muralla comenzará en breve, serán diez en total. Hemos estado investigando una nueva manera de traer el agua a la ciudad, todavía no está completa, pero es factible.

Todos se asombraron ante semejante declaración. El agua es la principal debilidad de la ciudad. Fue Urso el primero en preguntar.

—¿Qué quieres decir con eso Verel?

—Preferiría no hacerlo público hasta que sea viable. No hay que olvidar que hay gente en esta mesa de dudosa lealtad.

La referencia era para él y aún no llegaba a comprender por qué Dalanna le hacía escuchar todo esto.

—¿Cuánto crees que te tomará terminar de diseñar eso Verel?

—preguntó Dalanna.

—Mmmmm... poco más de un mes.

—Excelente, ¿alguna cosa más?

—Eso es todo por ahora Dalanna.

—Muy bien, Zah, te escuchamos.

Zah, al contrario del resto de los integrantes del consejo, desbordaba juventud e ímpetu. Su misma esencia parecía estar acelerada.

—No hay nada nuevo Dalanna. Los actuales triunviratos entrenan de manera excelente. Escasean los reclutas de tipo dos y esto dificulta la creación de nuevos triunviratos. Me han informado de una niña capaz de deformar el metal sin contacto y ya la han llevado a entrenamiento militar.

Zah guardó silencio y comenzó a mover su pierna izquierda evidenciando que algo la estaba alterando. Estaba nerviosa.

—¿Zah? ¿Algo más para decir? —preguntó Dalanna.

El trato de Dalanna para con ella era diferente, su tono de voz no era el mismo que para con el resto de los consejeros.

—Sí. No hay ninguna prueba y me avergüenza tener que contarle con tan poca precisión pero dada la posible gravedad me veo obligada. Existe un rumor en las calles, algunos han sentido sobre un nuevo tipo de metal, desconocido por todos.

En los rostros de los presentes pudo divisar sorpresa y miedo, ahora Zah tenía toda la atención. Dalanna la miraba con el ceño fruncido y clara expresión de enojo.

La niña no había hablado.

Y de la nada Dalanna golpeó la mesa con su puño cerrado de manera violenta asustando a todos los presentes que bajaron la mirada.

—Muy bien Galeoto —dijo Dalanna, respirando profundamente, tratando de volver a la calma.

Ella le realizó una seña a uno de los guardias indicando que se acercaran a él.

—¿Podrías entregar los medicamentos?

Y sin responder a la pregunta él comenzó a vaciar todos sus

bolsillos y a depositar en la mesa los pequeños recipientes con la medicina. Había poblado todos los bolsillos que su vestimenta poseía con estos pequeños frascos que él había creado. Había medicina para muchas personas. Y una vez que terminó, el guardia los tomó colocándolos dentro de una bolsa y se retiró junto a su triunvirato de la habitación.

Dalanna volvió a hablar.

—¿Qué piensas de todo lo que has escuchado?

Sabía que Dalanna intuía que lo que había dicho Zah tenía que ver con él pero sin embargo no dijo nada y le dio la oportunidad de explicarse. Ahora todos lo miraban a él.

—Discúlpame Dalanna, sigo sin entender por qué me has traído ante tu consejo. No he percibido problema alguno en todo lo que he escuchado. Salvo la escasez para obtener pólvora, la cual no considero que sea un inconveniente para el avance de tan hermosa ciudad.

Por supuesto que esto era falso pero quería lograr que Dalanna continuara hablando, aún le faltaba decir lo más importante.

Dalanna se puso de pie, se acercó a él y se sentó a su lado.

—Urso, muéstrale la carta.

Urso se levantó y dando vuelta a la mesa le alcanzó la carta. Era de papel gastado y al abrirla notó el sello con el emblema de Astriclimia.

“Mediante la presente, Astriclimia y sus aliados declara la guerra a Oana”.

Firmaba la nota Nomastro, presidente de Astriclimia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

Dalanna respiró profundo.

—Hemos intentado por diferentes medios evitar esto o al menos entenderlo, pero no ha sido posible. Urso, muéstrale la primera carta que recibimos.

Urso colocó otra carta en la mesa, en frente a él.

“Dalanna, nuestros carros de comercio exterior y nuestros carros de transportes de recursos están siendo atacados por tropas de tu ciudad, por triunviratos de Oana. Esta situación no la podemos tolerar. Solicito de ceses con estos intentos de agresión y que todos los hijos de Oana se retiren del norte”.

—Nosotros no tenemos triunviratos en el norte. Nomastro está equivocado pero toda explicación parece en vano —dijo Dalanna.

—Ya veo, por eso el pedido de tal cantidad de medicamento.

Astriclimia es una ciudad temible, lejos de Oana, pero con muchas alianzas comerciales y era la ciudad con ralea más importante del norte de Prim Demm. Rica y temible. Y para las ciudades con ralea cualquier mínimo indicio de agresión era el comienzo de una guerra. La sangre que por ellos corría les exigía, no podían huir de usar su sangre. Las batallas entre raleas se habían tornado constantes, de manera que esta declaración con débiles motivos no le sorprendió en lo más mínimo. Pensó en Nomastro al quien también conocía y no le fue difícil encuadrar tal comportamiento en él. Los presidentes de las ciudades con ralea necesitaban alimentar la sangre de sus pueblos con muerte. La sangre con ralea demandaba ser usada como si de una fuerte droga se tratase.

Y ahora comenzó a comprender el estado de ánimo de Dalanna.

—¿Astriclimia posee aliados? ¿Ya ha comenzado a avanzar? —preguntó él.

—No, pero hace dos días sus fuerzas han comenzado a agruparse en la puerta de su ciudad. Cinzia y Gaaladad son sus aliados.

La preocupación en su rostro se hizo notoria, recordarlo le había quitado la expresión de dureza que había mostrado hasta el momento. Él miró a los cuatro consejeros. Zah seguía con tensa mirada mientras Verel permanecía tranquilo, sus ojos

no reflejaban miedo. Urso, que seguía parado a su izquierda ahora miraba el suelo y Amintor poseía una clara expresión de tristeza.

Astriclimia, Cinzia y Gaaladad eran demasiado para Oana.

Dalanna se puso de pie, era una mujer hermosa, de una elegancia digna de su puesto. Volvió al sillón de la cabecera de la mesa.

—Galeoto, ¿qué piensas?

Permaneció en silencio durante un momento tratando de comprender los motivos de la guerra que se avecinaba.

—¿Oana dispone de alguna alianza?

—No, aún no, pero he enviado a mis hermanos a Nezeratci, Nehir Mirall y Couture, las ciudades más próximas. Aún no hemos tenido respuesta.

—Oana es una ciudad con una sangre fuerte pero sin una alianza... Dalanna, tienes que conseguir al menos a Couture. La esperanza de una victoria será más alta con ellos —dijo él hablando tranquilo y pausado.

Nadie dijo nada.

—La cantidad de habitantes de Oana es mucho mayor que la de esas tres ciudades juntas y esto es una ventaja. También hay dos pueblos de gente sin ralea en las cercanías, podrías enviar emisarios también allí.

Dalanna respiró profundo mirándolo a los ojos.

—Esperaba más de ti Galeoto. ¿Cuál es el estado de tus investigaciones? ¿Has podido dar sangre de ralea a gente ordinaria?

—No. Contestó seco y cortante.

—Sé que vienes de Astriclimia, ¿qué puedes contarnos?

Ella lo había mandado a seguir y allí radicaba el principal motivo de su requerimiento. Era probable que supiera todos sus movimientos. Esto no lo incomodaba, era una simple evidencia de que su trabajo tenía valía y había llegado el momento de decidir qué hacer.

Si les mostraba la daga ayudaría a la victoria de Oana pero

si la mantenía oculta la derrota de la ciudad sería inevitable. Oana no tenía manera de defenderse ante un metal para ellos desconocido. La daga la había conseguido en Astriclimia y le había costado mucho obtenerla.

—Puede que sepa algo de Astriclimia, sólo te pido una sola cosa a cambio.

Dalanna asintió sin mostrar atisbo de duda.

—He conocido a una niña en la calle llamada Saada.

Zah se levantó de la silla en un acto impulsivo, apoyó las dos manos sobre la mesa dando un fuerte golpe.

—Tranquila —agregó él sin dejar de sonreír—, tranquilos... sólo quiero muestras de su sangre, nada más.

—Siéntate Zah. Contrólate —dijo Dalanna—. Galeoto, sólo te brindaré la sangre de la chica si lo que tienes para decirnos deleva importancia.

—Claro, claro.

Quería poner un poco de tranquilidad en esta venidera guerra. Sentía un especial aprecio por Oana y había tomado la decisión de ayudarlos. Pero su mayor motivación era poder conseguir la sangre de aquella chica.

Sacó la daga de su bolsillo y la dejó sobre la mesa.

—A esta daga la obtuve en Astriclimia y es de un metal desconocido para ustedes hasta ahora. No sé de dónde lo han obtenido pero piensan atacarlos con armas realizadas con este mismo metal.